

A la izquierda, un estanque en Bukhara; a la derecha, la entrada a la madraza. | M. O.

# Embajada a Samarcanda

La antigua ciudad de las caravanas conserva todo el sabor de su historia en el corazón de Uzbekistán, y llegar hasta ella es un viaje casi tan infernal como en el pasado

❖ Miquel Silvestre

La dependencia del aduanero uzbeko constaba de un sucio cubículo rectangular de dos metros por tres construido con basto hormigón. Sillón desvencijado. Mesa coja de formica desbaratada. Archivador gris. Ventanas translúcidas llenas de polvo. Torcido cartel con frase árabe del Corán. Sobre la estantería, una torta de pan sin levadura, tetera renegrida y doscientas moscas.

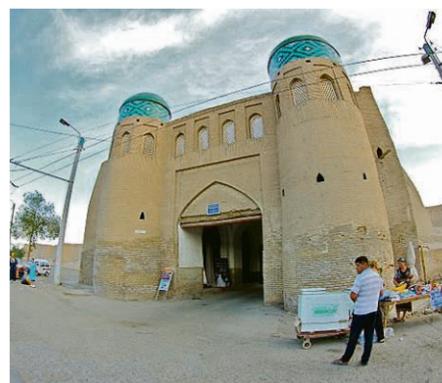
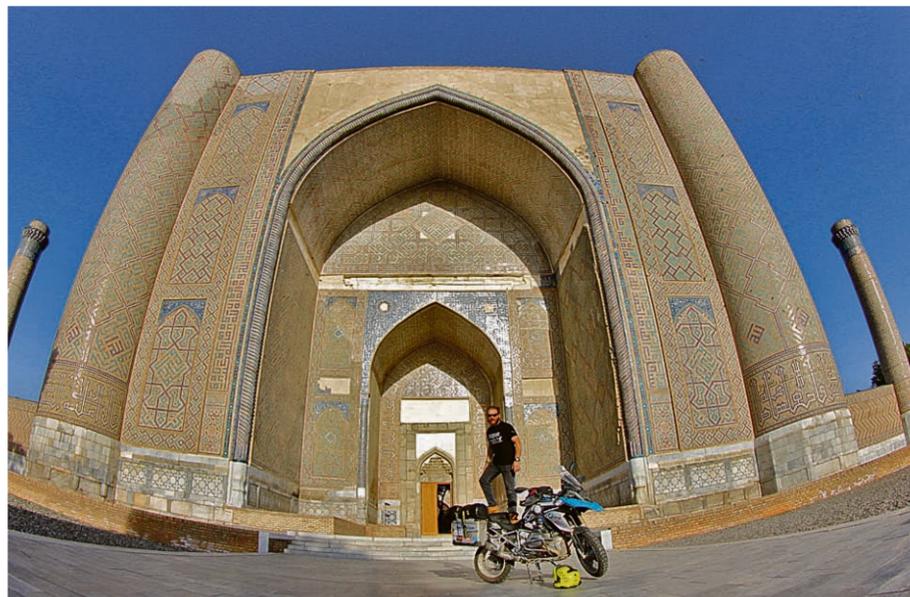
Un grupo de militares y civiles discutían a voz en cuello y con muchos aspavientos. Observé a los soldados. Hay algo en su modo de llevar uniforme que destruye la posible prestancia que les pudiera otorgar: los zapatos. Ningún militar o policía lleva botas aquí. Todos calzan gastados zapatos de baja calidad, normalmente con puntera afilada, algo combada hacia arriba y el talón aplastado.

El aduanero tecleaba en un ordenador cuyas tripas albergaban el formulario electrónico para conceder los ansiados permisos temporales de importación de vehículos. Era un chico joven, y su inglés, más que aceptable. Por eso le encomendaban los pocos extranjeros que elegían el peor camino posible para entrar en Uzbekistán. En su propio vehículo desde Kazajistán. Mil kilómetros de infierno sin asfaltar.

**Uzbekistán, la belleza.** La primera población tras la frontera es Kungrad, y a unos 100 kilómetros se encuentra Nukus, un arrabal feo, reseco y antipático en mitad de la nada. Sin embargo, vale la pena visitarlo, porque aquí se encuentra una auténtica joya escondida y un testimonio de valentía personal: el Museo Savitsky.

Fundado en 1966, reúne más de 90.000 piezas y representa el esfuerzo de Igor Savitsky, pintor y arqueólogo ruso nacido en Kiev. En los cincuenta se trasladó a Nukus. En aquellos años muchos artistas del norte viajaron a Asia central persiguiendo la inspiración que una realidad gris les negaba. Nombrado responsable del Museo Estatal en 1966, Igor Savitsky asumió la misión de coleccionar el arte prohibido de la Unión Soviética. Para los artistas cuyas obras perseguía, el juicio por mantener un criterio personal no había sido una mala crítica o el desdén de los colegas, sino la cárcel, los campos de trabajo o la muerte en el gulag.

**Khiva, las murallas milenarias.** Khiva está a 160 kilómetros de Nukus; el camino es agradable, ya que además de estar aceptablemente asfaltado discurre paralelo a la fértil vega del Amu Darya, cauce encargado de regalar vida al desierto. Cruzó el río por un inestable puente y divisé las murallas de una ciudad que parece salida de un cuento de «Las mil y una noches». Me perdí por los recovecos y callejones del recinto amurallado llamado Itchan



Arriba, el autor del reportaje ante una mezquita, cuyo interior se aprecia en la foto del centro a la izquierda; a la derecha, la fortaleza de Khiva; sobre estas líneas, las murallas de la ciudad. | M. S.

Kala. Descubrí un lugar maravilloso, una joya en el desierto, un oasis lleno de belleza que servía de última posta a las caravanas de camellos antes de dirigirse a Persia. El reino independiente de Khiva resistió las invasiones rusas hasta finales del siglo XIX, cuando cayó su independencia ante el zar en 1877.

**Bukhara, la ciudad viva.** Salgo hacia Oriente. De nuevo, el desierto. De nuevo, los

baches. De nuevo, los controles de Policía. Sin embargo, esta parte del país es tan remota, arenosa y desolada que el rigor de los agentes es mínimo. Nadie viene hasta aquí. El paisaje se agrieta ostensiblemente. La arena quiere comerse la estrecha lengua de asfalto. El horizonte luce amarillo, plomizo, inagotable.

Tras una interminable jornada de calor y pilotaje defensivo, arribo a los arrabales de Bukhara. Los barrios nuevos son feos y so-

viéticos. No anticipan la magnificencia de una urbe milenaria, probablemente de las más bellas del planeta. Y es que Bukhara, poblada por tayikos, es un lugar único para los propios uzbekos, quienes peregrinan para rezar en sus templos y estudiar en su madraza, una de las más antiguas de Asia central.

Recorrer el impresionante casco antiguo de la milenaria ciudad conmueve al más frío. Puertas labradas, mercado surcado de pasadizos y recovecos, una gran mezquita y un estilizado minarete llamado Kalyan que asombra por su perfección. Ésta es, sin duda, una de las poblaciones con más encanto histórico que haya visto nunca.

**Rumbo a Samarcanda.** El viaje se me hace interminable por la ansiedad de llegar. Cuando me recibe el enorme cartel de «Samarkand» salto de alegría.

La ciudad es mágica, bella, impresionante. A diferencia de sus vecinos kazajos, pastores nómadas que jamás construyeron nada más estable que una yurta, los agricultores tayikos fundaron urbes que llenaron de mezquitas azules, minaretes altísimos y monumentos inmensos. Y también un poderoso reino. El de Timor, el Gran Tamerlán, quien en menos de diez años se hizo con Irán, Irak, Siria y la zona este de Turquía.

El Registán es una plaza situada frente de la Gran Mezquita. El ambiente es de retiro espiritual, tranquilo y pacífico. Los edificios son de una belleza espectacular, casi hiriente. Se escucha el rumor de las fuentes y el trinar de los pájaros.

Me acerco hasta el mausoleo de Gur Emir, donde está enterrado Timor el Grande. La placa está ahí. Clavijo tiene una calle en Samarcanda. Un trozo de España en Asia central.

En 1403 Rui González de Clavijo fue enviado por Enrique III, rey de Castilla. Su objetivo era lograr una alianza contra los turcos. Pasó por Rodas y Constantinopla (actual Estambul) antes de entrar en el mar Negro y desembarcar en Trebisonda (Trabzon); desde ahí continuaría por tierra atravesando Irán e Irak, hasta llegar a Samarcanda.

Cuando apareció tan inesperado viajero, Timor lo recibió con agasajo, pero tras su muerte comenzó un periodo de inestabilidad mientras los herederos se repartían el imperio, y Clavijo huyó. La embajada fue un fracaso diplomático. El éxito fue el propio viaje. Tamaña gesta lo sobreviviría. Su libro, «Embajada a Tamerlán», es un hito de la literatura medieval.

Me siento en deuda con él. Nos regaló un retrato de un tiempo y un lugar que nadie conocía entonces. Ésa es la razón de que yo viaje. Para contar historias. Los grandes viajes existen porque existen cronistas. Gente que nos los cuenta. Sin ellos solo quedaría una nube de polvo como la que me rodea al internarme de nuevo en la estepa.